

BR 161  
D8  
v.6

HISTORIA  
GENERAL

SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

En este tomo se continúan los siglos de la historia eclesiástica, desde el establecimiento de la fe en el mundo hasta el presente.

LIBRO DE FRANCISCO

Por el autor de la obra anterior, con algunas adiciones y correcciones, para completar la historia eclesiástica desde el establecimiento de la fe en el mundo hasta el presente.

SEGUNDA EDICION

IV TOMO



EN MADRID POR CAYO VÁZQUEZ  
FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

CONTINUACION DEL SIGLO DIEZ Y SEIS.

ARTICULO DOCE.

*Personages illustres por su santidad, y por los servicios que hicieron á la religion.*

Mientras que Lutero y los demas autores de la pretendida reforma quitaban á la fe y á la verdadera piedad una multitud de christianos, con el pretexto de restablecer la antigua pureza del Evangelio, producía Dios hombres animados de su espíritu, que daban al mundo exemplo de las virtudes mas bellas, para mostrar que su Iglesia era siempre igualmente fecunda, y que la semilla de la santidad que habia echado en ella, no cesaría jamas de fructificar hasta el fin de los siglos. Nos limitáremos, como tenemos ya dicho, á no hablar sino de aquellos cuyo zelo y demas virtudes tuvieron la mas grande influencia sobre las costumbres de sus tiempos; influencia cuyos efectos admirables se han extendido hasta nuestros dias.

El cardenal Ximenez, este hombre grande, que pertenece á los siglos XV. y XVI., merece colocarse aqui; no porque haya sido uno de los mas célebres ministros, y de los mas hábiles politicos que ha tenido el mundo, sino porque su zelo por la conversion de los infieles, y el mantenimiento de la disciplina, su amor á las ciencias, la magnificencia y la utilidad de sus establecimientos.

Tom. VI.

A

007320

tos, el uso noble que hizo de sus rentas inmensas para gloria de la religion, y para el alivio de toda clase de desgraciados, y la austeridad de su vida en medio de las grandezas y de las riquezas, han hecho su memoria inmortal, así en la historia de la Iglesia como en los anales de España. Nació el año de 1437 en Terrelaguna, en Castilla la Nueva. Su padre, que se llamaba Alonso Ximenez de Cisneros, era procurador en la jurisdiccion de este lugar; y en lo sucesivo, los Grandes del reyno, cuya altivez humillaba frecuentemente, le reprochaban su origen, mas siempre fué insensible á este vituperio, sabiendo que la elevacion del alma, las qualidades superiores, y las grandes acciones son el verdadero origen de la nobleza y de la gloria. Despues de haber hecho sus estudios con mucho adelantamiento en Alcalá y Salamanca, pasó á Roma. A su vuelta obtuvo un beneficio en la diocesis de Sigüenza, y el cardinal de Mendoza, que era allí obispo, le nombró por su vicario general. Disgustado del mundo, y no queriendo ocuparse sino en su salvacion, entró en la órden de san Francisco, y profesó en el convento de Toledo. Despues se retiró á un convento solitario adonde se entregó al estudio de las lenguas sábias y de la teología. Algun tiempo despues, habiendo sabido su mérito la Reyna Isabel, le eligió para su confesor. Las conversaciones frequentes que le ofrecian con la Reyna las funciones de su ministerio, la pusieron en estado de descubrir las grandes qualidades y el talento raro que escondia este buen religioso baxo la simplicidad de un hombre ordinario. Conoció la Reyna la utilidad que de él podia sacar para el gobierno de sus estados, y resolvió tenerle cerca de sí. Le hizo nombrar, sin su noticia, para el arzobispado de Toledo, uno de los mas ricos del mundo christiano, y le dió toda su confianza; de que no se sirvió sino para hacer bien.

Desde que Ximenez hubo tomado posesion de su arzobispado, se entregó totalmente á las obligaciones episcopales, visitando las iglesias y los hospitales, proveiendo con abundancia á las necesidades de los pobres, echando á los usureros, destruyendo los lugares de la incontinencia, quitando los jueces sin luces y sin probidad, para colocar á otros en su lugar, y restablecien-

do en todas las cosas el órden, y una buena administracion. Celebró Sínodos, en los quales hizo reglamentos muy sábios sobre las costumbres y conducta de la clerecía; pero como no es bastante hacer buenas leyes si no se cuida de su execucion, empleó toda su vigilancia y toda su firmeza en hacer observar las ordenanzas que habia formado. Habia caído la órden de los Franciscos en una gran relaxacion, y Ximenez, que habia visto tan de cerca la grandeza del mal, emprendió remediarlo, lo que consiguió con su constancia y habilidad, á pesar de las contradicciones de todo género que embarazaban sus buenas intenciones. A la universidad de Alcalá, tan poco conocida antes de él, como tan célebre despues, la dió su restablecimiento, aumentó sus rentas, y la traxo profesores versados en todas las ciencias, en donde fundó el famoso colegio de san Ildefonso con una magnificencia digna de los mas grandes principes. Tenemos hablado de la Biblia poliglota que hizo trabajar Ximenez con un gasto prodigioso, y que no se halló en estado de darse al público, sino despues de un trabajo de doce años.

En medio de todos estos cuidados se hallaba tambien el piadoso y sábio prelado encargado por la Reyna Isabel de los principales negocios del gobierno. Era el alma de sus consejos, y nada se hacía importante en Castilla sin preceder su dictámen, y sobre el plan de administracion que habia propuesto. La Reyna y Fernando su esposo, rey de Aragon, habiendo resuelto hacer la guerra á los moros, que solo poseian el reyno de Granada, para echarlos enteramente de España, desplegó Ximenez todos los recursos de su ingenio para la execucion de esta grande empresa, y se puede decir, que no tuvo ménos parte en el suceso que los generales y el mismo Fernando (a). Éste habia emprendido la conquista del reyno de Granada para extender su dominacion; mas Ximenez miraba este suceso por el lado de la religion, y sobre todo si en ello tuvo un gran placer, fué porque le daba un medio de someter los moros al yugo de Jesu-christo; y

(a) No era entónces conocido de los reyes: y el autor comene un anacronismo en lo que refiere mas abajo, como queda ya advertido en el lugar que le corresponde por una nota.

4  
 Siglo XVI. éste fué despues de la conquista el objeto principal de su zelo, adonde trabajó tan constantemente y con tanto ardor, que convirtió cerca de tres mil, á quienes administró el bautismo. Se hallaba entónces revestido con la púrpura romana con que le habia honrado el papa Julio II. en 1507, para recompensar los servicios que incensablemente hacia á la religion. No los hacia menos importantes al estado. La ciudad de Orán en el reyno de Argel fué conquistada por una armada levantada y mantenida á sus expensas. Marchó en persona á la frente de sus tropas revestido con sus hábitos pontificales; y alentando con su presencia á los oficiales y soldados, sometió su conquista al rey Fernando, que le testificó el mas vivo reconocimiento, aunque interiormente quedó el principe zeloso del talento y del suceso próspero de su ministro. En fin, despues de haber gobernado la España con tanta prudencia como firmeza, con los titulos de ministro y de regente durante 22 años, en los Reynados de Isabel y de Fernando, de Juana y de Felipe de Austria, y en los primeros años de Carlos V., este grande hombre despreciado de los cortesanos, del jóven principe que se negaba á verle, murió de edad de 81 años en el mes de noviembre de 1517. Se ha pretendido que ha abreviado sus dias el veneno; pero es mas natural pensar que el dolor de un tratamiento que no merecia, unido á su edad avanzada, fué solo la causa de su muerte.

San Ignacio de Loyola, este santo no ménos célebre por sí mismo, que por la órden nueva de religiosos de que fué el fundador, nació en 1491 en la casa de Loyola en Vizcaya. Era su padre un caballero de los mas ilustres de su provincia; pero mas ocupado en procurar á sus hijos medios para adelantarse en el mundo, que en darles una educacion sólida y christiana. Fué destinado el jóven Ignacio, como sus hermanos, á la profesion de las armas, á cuyo fin se le dispuso con todos los exercicios convenientes, y en todo lo demas se descuidó de su instruccion. Despues de haber sido page del rey Fernando, obtuvo grado en las tropas de este principe, en que se distinguió por su valor. Se hallaba en la ciudad de Pamplona, capital de Navarra, quando fué sitiada por los franceses en 1521, adonde se le rompió un muslo de un cañonazo, y siendo su herida pe-

5  
 Siglo XVI. ligreta, temió perder la vida. Sin embargo se encontró medio para atajar los primeros accidentes, de los quales desde luego habia recelado las resultas. Mas fué larga su curacion, como tambien su convalecencia. Precisado á guardar cama, y no sabiendo en qué entretenerse, pidió libros. Hasta entónces no habia leído otros, sino los de los poetas y romanceros. No se le pudo presentar alguno de este género, y se vió precisado á leer un libro de vidas de santos que se le traxo. Los grandes exemplos de virtud que presentó á su vista esta lectura, tocaron su corazón, y le inspiraron remordimientos de la vida desvariada que habia tenido hasta entónces. Y habiéndose fortificado poco á poco estos sentimientos de piedad, formó la resolucion de dexar el mundo, y de consagrarse enteramente al servicio de Dios. En estos principios, conociendo Ignacio poco la religion que no habia esdrudado, fué mal reglada su devocion, y tomaba muchas veces por verdadera piedad lo que á todo mas no tenia sino el exterior. Las ideas de la caballería de que se habia llenado con la lectura de los romances, y las preocupaciones de su primera profesion, se mezclaron en todas sus acciones; y así en conformidad de estas ideas se dedicó al servicio de la Virgen santa en la Iglesia de Montserrat, y tomó el titulo de caballero suyo. Pero los directores ilustrados que tomó por guias, y sus reflexiones propias, le ofrecieron en lo sucesivo pensamientos á mas sábios y mas verdaderos. Hizo un viaje á la Tierra Santa en 1523, y despues de haber satisfecho su devocion en estos lugares consagrados por el nacimiento, milagros y muerte de Jesu-christo, se restituyó á Europal.

Se hallaba entónces Ignacio en la edad de treinta y tres años; y resolvió aplicarse al estudio para ponerse en estado de llegar á las órdenes sagradas, y emplearse despues en la predicacion de la palabra de Dios, y en la conversion de los pecadores. No habiendo recibido en su infancia ninguna tintura de letras, fué preciso comenzar por aprender la latinidad, y beber las enfiadosas menudencias de la gramática. Era esta una tarea igualmente penosa que desagradable para un hombre de su edad, cuyo discurso no se habia exercitado, ni la memoria cultivado; y así tomó esta fatiga como una parte de su penitencia. Mas hizo pocos progresos, á pesar de su apli-

Siglo cacion continua, y el deseo extremado que tenia de aprender (a). Muchas veces se ha notado que el tiempo de la juventud es el único propio para los primeros estudios. En la madurez de la edad y de la razon perfecciona el hombre sus conocimientos, mas es muy raro el que los adquiera nuevos. El exemplo de Ignacio, ademas de otros muchos, es una nueva prueba de esta verdad. Esto no obstante, parti6 á Paris, y hizo su curso de humanidades en el colegio de Monteaugudo, estudi6 la filosofia en el de santa Bárbara, y la teologia en los Dominicanos; y recibíó tambien el grado de maestro en filosofia.

Y durante su habitacion en Paris concibió Ignacio el proyecto de fundar una órden nueva de religiosos, que tuviese por objeto la instruccion de la juventud, y las funciones del ministerio apostólico. Se asoció con seis compañeros, á quienes dió parte de su designio, que les pareció bien, cinco españoles y un francés, todos distinguidos por su sabiduria y su mérito; porque si habia negado la naturaleza á Ignacio el talento necesario para brillar en la carrera de las ciencias, le habia concedido el talento, quizá mas raro y mas precioso, para discernir los espiritus, y para atraerlos á sus miras. El dia de la Asuncion de 1537 Ignacio y sus compañeros hicieron voto en la Iglesia de Mont Mante, cerca de Paris, de consagrarse al servicio de la Iglesia y del próximo, y de vivir baxo la regla que se proponia establecer Ignacio. Partieron todos á Roma para ofrecer sus servicios al papa, y pedirle la aprobacion de su proyecto. Paulo III., despues de algunas dificultades, aprobó el nuevo instituto, con el nombre de Compañia de

(a) Es cierto que principi6 tarde la carrera de las letras; pero no lo es que haya hecho tan pocos progresos como dice Ducreux; pues sus obras acreditan no solo su aplicacion, sino tambien su ingenio é instruccion, segun el sentir de los sabios; y son las siguientes: *Las Constituciones de la Compañia de Jesus*—*Instituti formulam*—*Carta de la perfeccion religiosa*—*Exercitios espirituales*, que han merecido el aprecio general y la aprobacion de la santa sede, y en especial de Paulo III., en un diploma que principia: *Posterioris officii cura*—Y finalmente: *Epistolam Ignatii ad Clauon Aethiopic Regem VIII. Kal. Martii 1555. D. Nic. Ant. Bibliot. Hist. Nov. tom. 1. pág. 624. ult. ed. de Madrid.*

Jesus. A fin de ganar mas el favor del papa, imaginó Ignacio añadir á los tres votos ordinarios el quarto voto, XVI. por el qual se obligaban los de su órden á ir por todas partes adonde el pontifice les enviase para trabajar en la salvacion de las almas. Fué Ignacio elegido primer general de su órden, cuyas constituciones formó, y la gobernó mas de quince años con mucha prudencia. Murió en Roma en el mes de julio de 1566 en la edad de sesenta y cinco años, y le colocó en el número de los santos Gregorio XV. en 1622.

San Francisco Xavier. Se han visto pocos hombres en los últimos siglos, en quienes el zelo de la salvacion de las almas; el valor para sobrellevar las fatigas del santo ministerio, y las demas virtudes apostólicas, se hayan mostrado con mas esplendor que en este ilustre personage. Nació en la casa de Xavier, situada al pie de los Pirineos en el reyno de Navarra en 1506, segun unos, y otros en 1497. Su familia era noble y antigua. Despues que estudió las humanidades en su pais, le enviaron sus padres á estudiar á Paris, adonde fué recibido por maestro en filosofia, y la enseñó en el colegio de Beauvais con el ánimo de entrar en la Sorbona. Pero hallándose ligado de una estrecha amistad con san Ignacio, para unirse con él, y repartir sus trabajos, renunció el pensamiento que habia formado desde luego de seguir la carrera de las ciencias, para las que tenia grande talento. Fué uno de los seis primeros compañeros que se unieron al fundador de la compañia de Jesus, y que le siguieron á Italia. Se consagró desde el instante al servicio de los enfermos en uno de los hospitales de Venecia. Pero habiendo pedido Juan III. rey de Portugal misioneros á san Ignacio para ir á predicar el Evangelio en las Indias Orientales, fué elegido Francisco Xavier para esta empresa piadosa: salió de Lisboa en el mes de abril de 1541, y llegó á Goa, capital de las posesiones que tenian adquiridas los portugueses en estas comarcas, en el año siguiente.

Era esta ciudad magnífica, rica y voluptuosa, y los que la habitaban no tenian menas necesidad de misioneros, que los pueblos de las cercanias, aunque sepultados en las tinieblas de la idolatría: fuese de miedo ó de escrupulo, se ciñó Francisco Xavier al objeto de su mision, que era el de predicar la religion christiana á los infieles.

de los quales convirtió un número casi increíble en la costa de Comorin en los reynos de Havancur y de Meliapur, en Malaco, en las Molucas, y en algunas ciudades del Japon. No se puede dudar que hubiera hecho aún mayores progresos, si hubiese sabido la lengua del país (a). A pesar de la proteccion del Virey de Goa, á quien tenían un grande respeto las naciones indianas, experimentó Xavier por parte de los bonzos, que son los sacerdotes de estos pueblos idólatras, contradicciones capaces de desanimarle, si no hubiesen sido su zelo y su caridad superiores á todos los obstáculos. Pensó en viajar á la China, adonde se creia llamado de un modo especial, para extender allí la luz de la fe, quando murió en una isla vecina á este vasto imperio, en la edad de quarenta y seis años, ó de cincuenta y cinco, segun las dos diferentes épocas, que se dá á su nacimiento. Si se juzga de su talento y de su espíritu por los cinco libros de Cartas que conservamos, no se puede dudar, que no haya nacido con mucho ingenio, y que no hubiese adquirido una reputacion distinguida entre los sábios y buenos escritores, si hubiese seguido la carrera de las letras en que habia empezado: fué canonizado por Gregorio XV. en 1622, y Urbano VIII. le dió el titulo de apóstol de las Indias.

San Carlos Borromeo. No tememos decir, que ha sido este santo prelado uno de los hombres mas grandes que ha dado Dios á su Iglesia, no solo en el siglo en que vivió, sino tambien en todos los que le han precedido. Su elevado nacimiento, sus eminentes dignidades, su gusto por las ciencias, su talento distinguido, su genio elevado, su destreza en la conducta de los negocios, su zelo infatigable, su caridad extremada, y su autoridad comparable á la de los religiosos mas mortificados, han colo-

(a) Escribió este célebre santo un Catecismo que trasladó á la lengua del malabar; de que se infiere no ignoraba la de aquellos países, en donde hizo tan grandes y prodigiosas conversiones de aquellos naturales á la fe de Jesu-christo. Asimismo dió á luz en lengua portuguesa un Epítome de la Doctrina Christiana, y quarenta y una Cartas en castellano que dió á la prensa Juan Suarez, obispo de Coimbra, que pasó en lengua latina en quatro libros Horacio Tursellino, y se imprimieron en Roma en 1566, y despues en Maguncia en 1600. D. Nic. Ant. Biblio. Hisp. Nov. ult. ed. de Mad. tom. 1. pag. 499. sup

Siglo XVI.  
 cado su nombre al lado de los nombres mas reverenciados de los antiguos obispos, que fueron la gloria y el ornamento de la Iglesia en los tiempos mas felices. Se ha pensado en caracterizarle por la prudencia y la firmeza de su zelo; pero juzgamos que se le describiera mejor, diciendo, que reunió en sí todas las virtudes, y que fué de todas el verdadero modelo. Nació en el palacio de Arona en el Milanés, en el octubre de 1538. Su padre Gilberto Borromeo, Conde de Arona, de las casas mas ilustres; y su madre Catalina de Médicis era hermana del papa Pio IV., y ambos eran recomendables por su piedad, y por lo mismo tuvo la dicha el jóven Carlos de no ver en su casa paternal sino exemplos edificantes. Dió desde su infancia indicios de esta santidad admirable á que llegó en lo sucesivo. Dios, que le miraba con especialidad, le preservó de todos los escollos de la juventud, y de todos los lazos que armaban á su inocencia sus compañeros en el estudio. Solo tenia doce años quando fué provisto para la abadía de Cratignan, por renuncia de Julio César Borromeo su tio, cuyo beneficio era del número de aquellos que se miran como hereditarios en las familias. No se hallaba aún el jóven Carlos bastante ilustrado para conocer quán contrario es á las buenas reglas el convertir de este modo los bienes de la Iglesia en una especie de patrimonio; mas lo estaba bastante para saber el uso que debia hacer de su renta, y desde entónces distribuyó á los pobres todo lo sobrante de un moderado pasage. Hizo sus estudios en Milan y Pavia, y con tan buen suceso, que obscureció á todos los que frecuentaban las escuelas al mismo tiempo que él. Sus buenos conocimientos y su talento no hubieran dexado de conducirle á los honores y dignidades de la Iglesia, aun quando sus particulares circunstancias no le hubieran abierto el camino. La muerte de su padre le habia llamado al seno de su familia, quando supo la exaltacion del Cardenal de Médicis, su tio, en el mes de diciembre de 1559: el nuevo papa le traxo á su compañía, y le nombró cardenal en 1560, despues arzobispo de Milan, gran penitenciario, legado de Bolonia, de la Romania y de la Marca de Ancona. Le cometa el conocimiento de los negocios mas importantes, y descargaba en él casi todo el pormenor de la administración. Aunque solo tenía veinte y dos años, des-

Siglo empeñaba estos diferentes empleos con una prudencia XVI. y una capacidad que no se adquieren sino con el tiempo y con la experiencia. Durante el pontificado de su tío, que fué de seis años, gobernó con él la Iglesia el cardenal Borromeo, no haciendo servir su crédito y la autoridad suprema, de que disponia, sino para la gloria de la religion. Protegia á los hombres beneméritos, y les alcanzaba gracias, y les procuraba empleos en que pudiesen ser útiles sus talentos; y se debió principalmente á sus desvelos la feliz conclusion del Concilio de Trento; comenzado habia tanto tiempo, y detenido con tantos incidentes. Mientras que vivió Pio IV. solicitaba Carlos inútilmente el permiso para retirarse á su diócesis, adonde su persona era necesaria. Le alcanzó, en fin, despues de la muerte de este pontífice, á pesar de las vivas instancias de su sucesor, que queria tenerle cerca de sí. Se desprendió de todos los cargos incompatibles con el pensamiento que habia formado de entregarse enteramente á las obligaciones de su obispado: igualmente hubiera renunciado todos los beneficios, si no hubiese previsto, que los necesitaba para los establecimientos que tenia proyectados.

Luego que se vió en medio de su rebaño, y que tomó conocimiento del estado deplorable en que habia caído la diócesis vasta de Milan por el descuido y la incapacidad de los que la habian tenido á su cargo antes de él, fué su primer cuidado hacer executar allí los decretos del Concilio de Trento. Principió por su palacio la reforma que queria establecer, que se componia de eclesiásticos virtuosos y sábios, y en donde todo estaba reglado como en un monasterio, y todo respiraba buen orden y sencillez, de modo que llegó á ser un seminario de obispos excelentes, que llevaron á las Iglesias adonde fueron llamados, la ciencia eclesiástica y el espíritu de regularidad que habian bebido en esta escuela admirable: el piadoso cardenal vivia entre ellos, no como un superior, sino como un igual, siendo el primero en todos los ejercicios, y no usando de su autoridad, sino para emplearla segun su talento, y proveer sus necesidades. Se creia aún ver á un Eusebio de Vercell, y á un Agustino en medio de sus clérigos. Pero esto no era aún sino unos débiles ensayos de las grandes cosas que

se proponia executar el arzobispo de Milan. La reforma Siglo de su clerecía, comenzando por la de su catedral, la XVI. visita de las parroquias, tanto en las ciudades como en las aldeas, la instruccion de los pueblos, la educacion de la juventud, y sobre todo de la que se destinaba al ministerio de los altares, el restablecimiento de la disciplina en los monasterios de ambos sexos, la correccion de los súbditos escandalosos, que se extendia á un número grande de curatos, la supresion de los lupanares, y la extincion de los abusos que la ignorancia, la supersticion y el interes sórdido habian introducido hasta en las cosas mas santas; tal fué la carrera inmensa en que le hizo entrar su zelo valeroso: la que recorrió en toda su extension sin temer fatigas, trabajos, ni las contradicciones que con fundamento esperaba tener de parte de los hombres poderosos y corrompidos, á quienes no puede agradar seguramente un obispo que desempeña su obligacion.

No podemos dar sino una ligera idea de quanto emprendió este santo arzobispo para destruir en toda la extension de su diócesis los efectos de la ignorancia y de la corrupcion. Penetró desde lo profundo de los valles hasta la cima de las montañas por caminos impracticables, caminando á pie por medio de los hielos, llevando en sus zapatos clavos de hierro para no deslizarse en las peñascos, y mantenerse en las orillas de los precipicios, no hallando para comer sino castañas pilongas, para beber sino agua de nieve, y para dormir sino la tierra desnuda. En medio de todo esto no tenia otro pesar que el de ver los estragos que habian causado en estas partes distantes de su diócesis la heregia y las costumbres licenciosas de los curas. Sufria estas fatigas con un valor prodigioso. Despues que llegaba á un lugar predicaba, explicaba el catecismo, confesaba, y escuchaba con bondad á todos los que se ditigian á él para confesar sus trabajos, ó le descubrian sus necesidades, y siempre los enviaba consolados y socorridos este caritativo pastor.

Pero sobre todo durante la peste, que desoló la ciudad de Milan por espacio de quatro meses en 1576, fué quando el santo cardenal mostró hasta qué punto puede llegar el valor y la caridad de un verdadero obispo. Apénas se manifestó el contagio abandonaron la ciudad los

nobles, los ricos, y los ciudadanos acomodados; solo quedaron los artesanos y los pobres: hizo el mal progresos rápidos, y bien pronto no ofrecia Milan mas que la doble imagen de un hospital, y de un cementerio adonde estan confundidos los moribundos y los muertos. Se quiso persuadir al santo prelado á huir como los demas, pero desechó estos consejos de la prudencia humana, y se negó á abandonar su rebaño en una tan grande necesidad. Luego ordenó rogativas públicas para templar la cólera de Dios, y se le vió siguiendo á su clerecía, y marchando en procesion con los pies descalzos, y una soga al cuello como una víctima que se sacrifica á la justicia divina por la salud de su pueblo. Vendió quanto tenia para socorrer á los enfermos, no teniendo sosiego hasta tanto que no quedasen en su palacio muebles, pan, ni dinero. No contento con este despojo, se consagró al servicio de los contagiados como si fuese inaccesible al acometimiento de este horrible mal. Oia sus confesiones, les administraba el santo Viatico, recibia sus últimos suspiros, y suavizaba todo lo que tiene de espantoso este género de muerte; prometiendo cuidar de las personas queridas que les sucedian. Retirado á su palacio, duplicaba sus oraciones, sus austeridades, tratándose como culpado, y como si solo sus pecados hubiesen irritado la cólera del cielo. Salia despues á media noche, y recorría las calles para ver si algun desgraciado tenia necesidad de su socorro. Qualquiera que compare los efectos de esta caridad heroica con ciertos actos de beneficencia y de humanidad que atraen algunas veces la atencion del público, menos por su importancia, que por los elogios que se les dan; desde luego verá cómo las virtudes christianas son de un carácter mas grande y mas sublime que el de las virtudes filosoficas.

Luego que cesó la peste, volvió á tomar el prelado el curso de sus tareas ordinarias, y no dexó de continuárlas, á pesar de sus indisposiciones, hasta la muerte acaecida en principios de noviembre de 1584, no teniendo mas de quarenta y seis años; mas habiendo vivido tan corto tiempo, es digno de admiracion que con una salud tan delicada, y una variedad tan grande de ocupaciones haya podido ser capaz de todo lo que ha executado; por que ademas de lo que tenemos referido, tuvo durante

su episcopado seis Concilios Provinciales, y once Sinodos Diocesanos; cuyas Actas son una de las mas preciosas colecciones de Disciplina eclesiastica que jamas se haya dado á la Iglesia. Ademas hay cinco volumenes en folio de obras que escribió sobre el dogma, la Moral y la Escritura santa, sin contar un grande número de manuscritos que no se han publicado. Para fencer, hacemos esta observacion, demostrando que es muy dificil encontrar en una clase tan elevada una vida mas laboriosa, mas útil y mas santa. Manifestó Dios la santidad de su siervo con un número grande de milagros; y el papa Paulo V. le canonizó en 1601.

D. Bartolomé de los Mártires. Este virtuoso y sábio prelado se llamaba Fernandez, mas el apellido con que es conocido, es el nombre de la Iglesia en donde habia recibido el bautismo, el que prefirió al de su familia, para excitar su reconocimiento, trayendo á la memoria el feliz momento en que se habia hecho hijo de Dios, miembro de Jesu christo y de la Iglesia por el sacramento de adopcion. Nació en Lisboa en 1514, de padres honrados y virtuosos, aunque de una fortuna mediana. Recibió en su casa paterna una educacion christiana, aun mas por el exemplo de sus padres, que por sus lecciones. Despues de sus primeros estudios entró en la orden de santo Domingo. No tenia sino diez y seis años; pero la prudencia de su conducta, y la madurez de su razon eran superiores á su edad. Dentro de algunos años se le jugó capaz de enseñar la filosofia y teologia, á las quales se habia aplicado constantemente desde su entrada en la religion; en cuyo destino empleó cerca de veinte años; y despues fue elegido para dirigir los estudios del jóven príncipe D. Antonio, hijo de D. Luis, infante de Portugal; que se le destinaba á la Iglesia. Mientras estuvo baxó su direccion este augusto discipulo hasta el vido de todo lo que podia formar su entendimiento y su corazón. En 1558, habiendo vacado el arzobispado de Braga, la reyna Catalina de Austria, viuda del rey Juan III., y regenta de Portugal duránte la menor edad de su nieto D. Sebastian, y princesa de una grande piedad, puso los ojos en el célebre Luis de Granada su confesor, para ocupar esta grande silla. Mas por mas instancias que se le hicieron, no fue posible vencer su res-

pugnancia. Tocada la reyna de su resistencia, le pidió un sugeto que tuviese las calidades necesarias para este empleo importante. Luis de Granada le señaló á D. Bartolomé como sugeto que creia el mas digno. Mas fué necesaria toda la autoridad de la princesa, y toda la de sus superiores para vencerle á encargarse de un peso que juzgaba superior á sus fuerzas; y mientras que el arzobispado de Braga estaba solicitado por los señores mas grandes del reyno, se ofreció á dos buenos religiosos, y de los quales el uno se obstinó en no admitirlo, y el otro no le aceptó sino contra su voluntad. D. Bartolomé de los Mártires, mudando de estado, no mudó de costumbres, y conservó en la dignidad elevada del episcopado el hábito de su orden y la sencillez de un religioso. Tenia que gobernar una diócesis inmensa, pues que el número de curatos que encerraba subia casi á mil novecientos, y en esta diócesis una clerecía ignorante y desarreglada que reformar, un pueblo grosero y supersticioso que instruir, y abusos de toda especie que cortar; tal era la vasta carrera que se abría á su zelo, la que recorrió enteramente, sin espantarse de los obstáculos que encontraba casi á cada paso. Visitar las parroquias de las ciudades y de los lugares, instruir á los pastores de la excelencia de su estado, y de la extension de sus obligaciones, separar del vicio á los eclesiásticos que deshonraban la religion con su vida escandalosa, intimidar con amenazas, y contener con el rigor de las penas canónicas á los que por su tenacidad resistian á la suavidad, predicar, catequizar, juntar Sinodos, velar sobre todos los que participaban de las santas funciones del ministerio espiritual con qualquiera titulo que fuese, no descansar de las fatigas de afuera, sino con la oracion y el estudio, y en fin, juntar la austeridad de la penitencia á la actividad del zelo, y á las solitudes de la caridad pastoral: esta fué la vida que traxo el religioso arzobispo desde su entrada en el episcopado hasta su abdicacion.

El papa Pio IV. habiendo dispuesto la continuation del Concilio de Trento, volvió á él D. Bartolomé de los Mártires en 1561, adonde mostró su zelo y su firmeza, gritando fuertemente contra los abusos, y demostrando con razones sin réplica la necesidad de reformar todos

los órdenes de la clerecía. Si la libertad valerosa del Siglo santo pretado desagradó á algunos, le ganó la estimacion y la veneracion de todos los que amaban sinceramente á la Iglesia, y que deseaban se tomasen los verdaderos medios para remediar los males con que se hallaba afligida. Habiendo pasado á Roma con el cardenal de Lorena, habló al papa del mismo modo que lo habia hecho en el Concilio, y no le disimuló lo que pensa ba de su corte, sabiendo conciliar el respeto debido á la cabeza de la Iglesia, con el lenguaje firme y generoso que conviene á un obispo. Aunque en sus conversaciones con el papa nada tuvo de cortesano, halagüeño y lisonjero, y que sus discursos se reduxesen rara vez á elogios, concibió el pontífice hácia él una grande estimacion. Durante su mansion en Roma se ligó con una amistad particular con san Carlos Borromeo: estos dos hombres estaban formados el uno por el otro, se comunicaban sus mas intimos pensamientos, y se alentaban mutuamente á trabajar por la Iglesia, y cuyas necesidades conocian mejor que nadie.

A su regreso á Trento tuvo parte en todo lo que se hizo de bueno y útil en las últimas sesiones, en las que si se le hubiera creído, seria la reforma mas seria y mas general: se hubiera cortado en lo vivo para ir al principio del mal, sin exceptuar á nadie; y se hubiera restablecido en todos sus puntos la antigua disciplina, cuya mudanza era en su dictámen el verdadero origen de las heregias y de los cismas. Los obispos de Francia que tenian los mismos principios y las mismas miras que él, se separaron con mucho sentimiento despues del Concilio, y le dieron los testimonios mas tiernos de amistad, de respeto y de admiracion: no cesaban de repetir, al despedirse de él, que á su vuelta á Francia dirian que habian visto en Trento un verdadero obispo. Habia pedido Bartolomé al papa el permiso para renunciar el obispado, sin haber podido alcanzarlo. Pero continuó en solicitarlo tan vivamente, que al fin le fué concedido algunos años despues de su regreso á Portugal. Se retiró á un convento de su orden que habia fundado en Viana, pequeña ciudad de su diócesis, adonde vivió aún ocho años, sin alguna distincion, comiendo con los demas religiosos, y practicando con un fervor y una



modestia que no se puede bastante admirar, todos los ejercicios de comunidad; y murió allí santamente en el mes de julio de 1590, de setenta y seis años.

— Santo Tomas de Villanueva. El apellido de Villanueva, con el qual es conocido este santo obispo, lo tomó del lugar donde fué educado. Fuellana en Castilla la Nueva era su patria, y aquí nació en 1488; eran sus padres de una condicion honrada, y les permitia su fortuna, sin ser considerable, vivir cómodamente: eran en extremo caritativos, y quanto podian ahorar lo distribuian á los pobres, quedándose solo con lo puramente necesario. Fué Tomas desde su juventud mas tierna el imitador de su caridad, y en toda su vida fué esta virtud la que brilló mas en él. Siguió sus estudios con mucho adelantamiento en las universidades de Alcalá y de Salamanca, y sucesivamente enseñó la filosofia en estas dos célebres escuelas con la mayor reputacion. Pero su inclinacion á la soledad y á la penitencia le obligó á dexar el mundo para abrazar la vida religiosa. Entró, pues, en 1518, á la edad de treinta años, en la orden de los Ermitaños de san Agustín; y apenas se ordenó de sacerdote, por orden expresa de los superiores se entregó á la predicacion, cuyo penoso destino desempeñó con tanto zelo y tanta uncion, que vinieron de todas partes á oírle. Hizo un número grande de conversiones, porque sus discursos estaban sostenidos con exemplos que demostraban la práctica de las virtudes, cuya necesidad predicaba. Habia resistido constantemente el arzobispado de Granada, mas fué precisado á aceptar el de Valencia, para el qual se halló nombrado por una equivocacion que miró como una señal manifiesta de la voluntad de Dios el emperador Cárlos V.

Se hallaba inconsolable en su elevacion Tomas de Villanueva. El conocimiento de su debilidad, y la idea alta que tenia de las obligaciones del episcopado le inspiraron un temor que duró toda su vida. No dexó el hábito de religioso, y vivió siempre conforme á la regla de su orden, y nunca fué mas humilde ni mas pobre que despues de su entrada en el obispado. Nada poseía como propio, ni aun el báculo pastoral, y los ornamentos para exercer las funciones pontificales. Todo lo pedia prestado á su Catedral quando se hallaba en Valencia, y á

sus párrocos quando estaba en la visita. Pasaba los dias en instruir á su pueblo, y en conferir con sus eclesiásticos sobre los asuntos de su diócesis, y en dar audiencia, y las noches en orar, en leer la santa Escritura, y preparar las instrucciones del dia siguiente. Pero los pobres eran el objeto principal de sus cuidados, en que ocupaba mas tiempo que en todo lo demas, y de que mantenía una cantidad prodigiosa, en cuyo número no distinguía á sus parientes necesitados de otros indigentes, á los que daba alivio como pobres, segun sus necesidades; pero no pasaba de aquí, receloso de que se pensase que los vinculos de la sangre le obligaban á ser mas liberal con ellos que con los demas. Pasó todo el tiempo de su episcopado, que duró once años, en estas ocupaciones santas. Luego que conoció se acercaba su fin, distribuyó lo poco que le restaba, y dió hasta su cama, suplicando á la persona á quien la donó, el que se la prestase hasta su muerte, que sucedió en el mes de septiembre de 1555. Se le hicieron magníficos funerales, pero lo que mas aumentó la pompa, fué ver al rededor de su ataúd cerca de nueve mil pobres, que lo loraban como á padre. El papa Alexandro VII. le canonizó en 1658. *San Juan de la Cruz*. Santa Teresa y san Juan de la Cruz. Si hubo en algun tiempo una alma nacida dichosamente para la virtud, fué la de la ilustre Teresa. Nació en Avila, ciudad considerable de Castilla la Vieja en 1515. Eran sus padres de ilustre nacimiento y de una gran piedad. Mostró desde su infancia una inclinacion completa por la piedad; pero Dios que la destinaba para conducir á otras en el camino de la perfeccion, la hizo probar toda la flaqueza y toda la inconstancia del corazon humano. Pasó muchos años en una alternativa continua de fervor y de tibieza; mas al fin salió de este estado peligroso. Se habia consagrado á Dios en un convento de Carmelitas. La comunidad en que habia entrado era una de aquellas en que tal vez era poco conocido el verdadero espíritu de la vida religiosa. En esta suerte de casas, como lo ha observado sabiamente santa Teresa, instruida con su propia experiencia, corre la virtud mas riesgo que aun en medio del mundo. Habiéndola hablado una persona caritativa sobre el pensamiento en que

se hallaba de edificar un convento, si encontrase religiosas que quisiesen guardar en él la regla del monte Carmelo en toda su pureza, se aprovechó Teresa de esta ocasión para emprender la Reforma de su orden en cuya execucion de este gran pensamiento probó contradicciones infinitas. Mas la dió Dios un ánimo superior á todos los obstáculos, y la Reforma que habia principiado por las religiosas, fué bien breve adoptada por los mismos religiosos, á que desde luego se habian opuesto con una especie de persecucion.

El padre Juan de Yepes, nacido en 1542 de una familia noble de la diócesis de Avila, se unió á Teresa para los trabajos de la Reforma, y así tuvo parte en sus tentativas y contradicciones. Pero estas dos almas, igualmente puras, igualmente animosas, triunfaron con la fortaleza que les comunicó el espíritu de Dios de todas las dificultades que les suscitaron en el mundo y en los claustros. Al fin los que los habian perseguido hicieron justicia á su zelo, de modo que las casas de la Reforma se multiplicaron mas allá de sus esperanzas. Eran los dos grandes maestros en la vida espiritual, y han sido siempre leídos sus escritos con ansia por los místicos que les sucedieron. Los de santa Teresa están llenos de unción y respiran el amor de Dios mas vivo y mas tierno, adonde se descubren los sentimientos de una alma grande, elevada, siempre ocupada en Dios, y abrasada en el zelo y caridad. Los de san Juan de la Cruz estan animados con el mismo fuego; mas la manera de explicar sus pensamientos es mas obscura, y es necesario estar acostumbrado al lenguaje de la mística para entenderlos. Unos y otros fueron traducidos al francés. Murió santa Teresa en el convento de Alba de Tormes en 1582, despues de haber sido probada con grandes enfermedades, y san Juan de la Cruz terminó su carrera en 1591 (a).

(a) Nos ha parecido justo en honor de la nacion añadir á este artículo tres santos celebres y un beato que dió la España en este siglo. San Pedro de Alcántara, asombro de penitencia, nació en Alcántara de Extremadura en 1499 era hijo de D. Pedro Garvito, abogado famoso de aquella villa, y de Doña Maria Maldonado: desde sus mas tiernos años se mortificó

ARTICULO XIII.

Escritores eclesiásticos.

Compondria este artículo un nuevo volúmen, si quisiésemos hablar de todos los escritores que adquirieron crédito en este siglo. A medida que se extendia el gus-

Siglo  
XVI.

to con continuados ayunos, disciplinas y oracion, y en el año de 1525 tomó el hábito de religioso Francisco de scalzo en el convento de los Maxarretes en Extremadura, y toda su vida pasó en una asombrosa austeridad, mortificacion y recogimiento, debiéndose á su ardiente é infatigable zelo apostólico por la salvacion de las almas muchas y famosas conversiones. Hallándose de Guardian en el convento de Lapa escribió el libro de la oracion y meditacion. Tuvo correspondencia estrecha y amistosa con su discipula santa Teresa de Jesus. Fundó los conventos del Pedroso, Paracuellos y el del Rosario, que costeo el conde de Oropesa. Fué comisario general, provincial y reformador, aunque con bastantes dificultades, de su orden, mereciendo la aprobacion de la sede apostólica; y renovando el primer instituto de san Francisco fué nombrado para confesor del emperador Carlos V. que no admitió por su mucha humildad; y despues de una carrera laboriosa, en extremo humilde, penitente, y llena de prodigios que obró Dios por su intercesion, falleció en la villa de Arenas en 1662, dia de san Lucas evangelista, á los sesenta y tres años de su edad, y fué trasladado su cuerpo al convento de su orden, que dista de Arenas media legua, adonde aun existe con la mayor decencia y veneracion de los fieles en una primorosa capilla de mármol, obra moderna del célebre arquitecto D. Ventura Rodriguez, que se halla inmediata á la iglesia del convento; y habiendo asimismo despues de su glorioso tránsito respaldado con algunos milagros, le colocó Clemente IX en el número de los santos. *Eptome de su vida por el R. P. Fr. Blas de Manzanares, predicador del convento de san Gil de Madrid.*

San Francisco de Borja, duque IV. de Gardia, é hijo de Juan de Borja y de Juana de Aragon, nieta de Fernando el católico. En su juventud siguió la corte del César Carlos V. que le estimaba, y confió el gobierno de Cataluña; y quando se conducia al panteon de Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, contemplando en aquel semblante pálido y desfigurado el mejor desengaño de la humana caducidad y mi-

to por el estado, se multiplicaba el número de sábios en todas las naciones á donde habia penetrado la luz

seria, hizo voto de apartarse de todas las cosas terrenas, y de entregarse únicamente al servicio del Rey de los Reyes, y de consiguiente habiendo muerto su esposa Doña Leonor de Castro, abrazó el instituto de la Compañía de Jesus, de la que fué, aunque contra su voluntad, tercero General; cuyo cargo desempeñó con el mayor zelo, enviando religiosos que extendiesen la fe de Jesu-christo á Polonia, México, el Perú y otras partes; y sin embargo de haber tenido una vida laboriosa, austera y mortificada con ayunos, cilicios y crueles disciplinas, escribió en castellano las obras siguientes: *Instruccion del verdadero christiano*, impreso en Venecia en 1561.—*Un tratado breve para los predicadores del santo Evangelio: otro de las perfecciones y excelencias que dió Dios: al ánima de Jesu-christo nuestro Señor desde el instante de su concepcion hasta su muerte.*—*Sobre los Evangelios del advenimiento y quaresma, domingos y fiestas del año en dos tomos. Explicacion de los Trechos de Jeremias, y varios opúsculos*, que trasladó al latin Alfonso Deza, de la misma Compañía, y se imprimieron en Salamanca en 1579.—y en lengua latina: *Præcipua et maxime necessaria materia à Summa Theologia D. Thomæ Aquinatis in litaniarum rationem redactæ.* Valent. apud Joan. Mey 1570, et prius 1550, como se pueden ver en D. N. A. B. H. N. T. I. pag. 409 ed. ult. de Madrid. Y habiendo consumado su gloriosa carrera en el año de 1572 á los sesenta y dos de su edad con milagros antes y despues de su muerte, le puso Clemente X. en el catálogo de los santos.

Santo Toribio Alfonso, de la noble familia de los Mogrovejos, natural de Mayorca en el reyno de Leon, y arzobispo de Lima, hizo sus primeros estudios del derecho canónico en Valladolid, y despues en Salamanca, donde fué colegial en el mayor de san Salvador de Oviedo, y elevado por Gregorio XIII. á la silla de la iglesia de Lima, se aplicó con el mas activo zelo á la instruccion del catecismo, y á la conversion de los indios. Celebró varios Sinodos Diocesanos y Concilios Provinciales, segun lo establecido en el Concilio de Trento, que despues se aprobaron por la sede apostólica, y con las quales se gobiernan aquellas iglesias. Visitaba continuamente su dilatada diócesis á costa de increíbles trabajos y fatigas, ganando para Dios muchos millares de almas, y toda su renta repartia á los pobres que llamaba sus acreedores. Sufró muchas persecuciones que sostuvo con la mayor paciencia y constancia, y despues de una vida pura, laboriosa y mortificada con vigillas, ayunos y disci-

de las ciencias. Excelada la emulacion hasta el punto adonde podia producirse, comunicaba á los entendimientos un calor activo y fecundo. Este siglo que fué el de las grandes revoluciones en la religion; en la politica y en las letras, debia necesariamente producir en los entendimientos una fermentacion extraordinaria que los hacia mas vivos, mas penetrantes y mas fecundos que habian sido hasta entónces. La imprenta que se usaba en España en el siglo XVI. era de plinas, y esclarecida con milagros, que tambien despues de su muerte probaron su santidad, hallandose en la visita de su diócesis, dió el alma á su Criador á los sesenta y ocho años de su edad en el de 1606. Inocencio XI. le colocó en el número de los beatos, y despues en el de los santos Benedicto XIII. en el año de 1726.

Y el beato Simon de Roxas nació en Valladolid á 28 de octubre de 1552: su padre se llamaba Gregorio Ruiz de Navamuel, natural de las montañas de Burgos, de una familia ilustre, y su madre Constanza de Roxas, natural de Mosroles, asimismo noble y de familia antigua. Entró religioso en la orden de la santísima Trinidad calzada, en la que fué provincial de Castilla, Leon y Navarra, vicario general y visitador apostólico de la provincia de Andalucía, todo lo que desempeñó con un zelo verdaderamente religioso. Fué confesor de la reyna Doña Isabel de Borbon, y maestro de los infantes de España D. Carlos y D. Fernando; conservando siempre en medio de tan altos y distinguidos empleos, y de la grande estimacion que merecia á toda la corte, una profunda humildad y la mayor pobreza: fué fundador de la congregacion del Ave María, debiéndose asimismo á la devocion y zelo del beato Roxas el origen de la festividad del dulcísimo nombre de Maria en España, que despues fué general en toda la Iglesia, conservando toda su vida tanta veneracion á esta divina Señora, que quando hablaba, en todas sus expresiones repetia siempre *Ave Maria*. Tuvo una vida exemplar, prodigiosa y edificante, y falleció en su convento de la Trinidad calzada de Madrid á 29 de septiembre de 1622 con general sentimiento de toda la corte; se le hicieron unas exequias magnificas, y los sermones que se predicaron en los veinte y dos dias que duraron las honras se hallan impresos en la segunda parte de su historia, que publicó el maestro Arcos en Madrid año de 1678, y habiéndose aprobado sus virtudes en grado heroico en la congregacion de Ritos, Clemente XIII. expidió el Breve de su beatificacion en 29 de mayo de 1766. *Abbas eius omnibus*

había perfeccionado despues de los primeros ensayos, y que había multiplicado los establecimientos infinitamente, ofrecia á los sábios un medio fácil y pronto de comunicar sus ideas al mundo, y hacer pasar el fruto de sus desvelos de una nacion á otra con una rapidez que dilatada cada día la esfera de los conocimientos. Las disputas de religion añadian asimismo un nuevo principio de actividad á los que removian ya las almas con tanta fuerza. Al mismo tiempo que los hereges sometian á su exámen todas las verdades de la religion, que atacaban á la Iglesia de tantas maneras en sus dogmas, en su autoridad, en su culto y en sus usos, se hallaban atacados ellos mismos. Los teólogos ortodoxos exáminaban tambien su doctrina en sus fundamentos, en sus exposiciones y en sus consecuencias, la que comparaba con los antiguos, y demostraban la falsedad con su novedad, sus inconsequencias y sus efectos perniciosos. Estos ataques, estos combates reciprocos producian una multitud de escritos mas ó ménos considerables, de los quales es preciso confesar que rara vez correspondia su execucion á la importancia de su objeto. La clase sola de los controversistas nos ofrece materia para una obra entera, si quisiésemos analizar todo lo que salió de su pluma; así ¡en cuántas repeticiones incurriríamos, y cuánto enfado resultaría para nosotros y para nuestros lectores! Fieles á nuestro plan, nos limitaremos á dar una noticia de algunos sábios distinguidos en diversos géneros, ménos para conocer las riquezas literarias de este siglo, que para mostrar qual era entonces el temple de los entendimientos, el método con que presentaban sus ideas, y el estado de las ciencias eclesiásticas; y para carear entre ellos los tiempos, lo que es propio para conocer los progresos del conocimiento de un siglo á otro, principiaremos por un sábio que ha vivido en los siglos XV. y XVI.

Juan Tritemio nacido en la villa de Tritenheim en la diócesis de Tréveris en 1462, es el primero de los modernos que cultivó la bibliografía y la critica con algun suceso. Entró en la órden de san Benito, y profesó en el monasterio de Spanheim en la diócesis de Maguncia, en el qual fué nombrado abad en 1483, y gobernó esta abadía con mucha prudencia por espacio

de veinte y tres años; en 1506 fué elegido abad de Siglo Santiago de Strasburgo, adonde murió en 1516. Era XVI. continua su aplicacion al estudio, y á pesar de los cuidados de la prelacia tan poco compatibles con los trabajos de la celda, tuvo tiempo para componer una gran cantidad de obras sobre diversos asuntos. La mayor parte son históricas y algunas morales, y entre estas ultimas hay sermones, tratados de piedad, opúsculos sobre las obligaciones de la vida monástica, y un comentario sobre la regla de san Benito. Se ve en todas las obras de esta clase que tenemos suyas, que tenia un grande zelo por el restablecimiento de la disciplina claustral, que estaba muy iluminado en los caminos de Dios, y que gemia amargamente por la decadencia de las antiguas instituciones religiosas, y en particular por la de su órden.

La mas importante de las obras que debemos á las tareas de este sábio abad es un catalogo de escritores eclesiásticos, en el qual escribió la vida de ochocientos setenta autores con la noticia y lista de sus obras. Esta es una biblioteca con corta diferencia del gusto de la del célebre Focio, á excepcion de que Tritemio ha quedado mucho mas abajo de su modelo, suponiendo que haya querido caminar sobre el plan bibliógrafo griego, pues no tiene para dar crédito á los escritores de que habla, para hacer conocer su caracter, ni para dar de ellos extractos interesantes, ni la penetracion, ni la finura de discernimiento, ni el gusto verdadero y delicado del famoso patriarca. Sin embargo se encuentra en la obra del abad Tritemio una grande erudicion, una lectura prodigiosa y pasages de historia que inutilmente se buscarian en otra parte. Los nuevos escritores se han aprovechado mucho de su trabajo, pues es para ellos una guia y un fador quando se trata de autores y de libros que él conoció.

El sábio mas universal, y quizá, hablando generalmente, el mas estimado de este siglo fué Desiderio Erasmo, que nació en Rotterdam en 1466. Las antiguas lenguas, la filosofía, la teología, la jurisprudencia, las buenas letras y la critica le eran propias. Solo tenia diez y siete años quando perdió á su padre, y sus tutores le precisaron á entrar canónigo regular de san Agustín en

Siglo esta conducta fué, porque habia nacido Erasmo de un comercio ilegítimo de su padre con una muger que no habia llegado á ser su esposa por casamiento público y solemne. Pasó algunos años en el claustro Erasmo ocupado únicamente en el estudio. Recibió las órdenes y la de presbítero en 1492. Vino despues á París para continuar sus estudios, conservando el hábito de su orden, y vivió en el colegio de Montaigu. El mal alimento de esta casa unido á la delicadeza extrema de su complexión le hizo caer enfermo. Volvió á Flandes para restablecer su salud; mas al cabo de algun tiempo se restituyó á París, de donde le obligó á salir la peste para ir á Orleans, adonde estudió el derecho. El deseo de ver la Italia, que era la cuna de las ciencias y de las letras, le hizo emprender el viage. Permaneció cerca de un año en Bolonia, adonde recibió el grado de doctor; y durante su mansion en esta ciudad alcanzó de Julio II. una dispensa de sus votos, y recobró la libertad de que tenia necesidad para entregarse á su inclinacion dominante, el estudio y los viages, y supo aprovechar de tal manera el tiempo, que el segundo no dañó al primero. Venecia, Roma, Padua, Londres, Oxford, París, Basilea, Fribourg y otras ciudades le hospedaron sucesivamente, sin que sus viages casi continuos le impidiesen de seguir el plan de sus tareas literarias. Su objeto, recorriendo asi todas las ciudades adonde se hallaban las ciencias condecoradas, era perfeccionar sus conocimientos, conferir con los sábios, y recoger las luces que cada uno de ellos habia adquirido en los diferentes géneros á que se habian empleado.

En cuyos frecuentes viages se habia adquirido Erasmo la estimacion de los hombres los mas célebres por su erudicion y por su talento. La dulzura de su caracter, la política de sus costumbres, el agrado de su conversacion, su literatura inmensa y varia, su trato franco, lo delicado de su entendimiento, y la regularidad de su conducta le ganaron amigos en todas partes. Los papas, los cardenales y los mas grandes monarcas le dieron señales honoríficas de la estimacion que le tenían. Tambien se escribió que Paulo III. habia pensado atraerle á sí, y hacerle cardenal. El emperador Carlos V. Fer-

ando, rey de romanos, Enrique VIII. Francisco I. Segismundo, rey de Polonia y otros soberanos procuraron traerle á sus estados, y fixarle en ellos; mas sea que las ofertas de estos principes no le pareciesen bastante considerables, sea que prefiriese la independiencia á una esclavitud brillante, no tuvo jamas otro titulo sino el de consejero de estado de Carlos V. por el Austria; ni otra conveniencia sino una pension de doscientos florines que le señaló este príncipe. Vivía contento en su mediania, limitando sus deseos á sus libros, y encontrando su dicha en cultivar el entendimiento. Pero la envidia de algunos semisábios del número de estos, á quienes humilla el mérito de otros, llegaron á turbar sus dias. Se pretendió hacer su fe sospechosa, se examinó su doctrina y sus escritos con la luz de la preocupación; y se encontraron en ellos cosas poco exactas que se hicieron pasar por favorables á las nuevas opiniones que hacian entonces tanto ruido en el mundo, y se le censuraron. Pero los testimonios ventajosos que le dieron los papas, los reyes, los obispos, y todos los hombres grandes de la Iglesia católica le indemnizaron bien de los ultrajes que lanzaron contra él el ódio y la envidia (a).

Bien léjos Erasmo de favorecer los errores de su tiempo, no se apartó jamas de la doctrina consagrada por el voto de la antigüedad, que nadie conocia mejor que él. Intentó Lutero atraerle á su partido, pero fué inútilmente. Detestaba la novedad en materia de fe, y aunque tuvo su modo de pensar sobre algunos asuntos que no tocan á los dogmas esenciales del cristianismo, dió siempre una sumision perfecta á los juicios de la Iglesia. "Nadie debe admirarme, dixo escribiendo á un amigo, si yo me conformo con la interpretación de la Iglesia, quando se trata de explicar la sagrada

(a) Á pesar del superior mérito de Erasmo, y de los infinitos elogios que le dieron tantos hombres grandes de su tiempo, es constante que ha incurrido en algunos errores; y por lo mismo aunque se permite la lectura de sus obras en nueve volúmenes en folio, es con ciertas prevenciones que hace el sábio tribunal de la Inquisición, y constan de su expurgatorio, como tambien la prohibición absoluta de algunos tratados sueltos de este autor.

»Escritura, porque su autoridad es la que me hace recibir la misma Escritura, y que me empeña á creerla. En la qual no hay nada á que yo no me someta »mas voluntariamente que á las decisiones de este tribunal; pues no hay cosa sino su autoridad que pueda terminar las diferencias que se suscitan entre los »teólogos tocante á la doctrina. Porque no se fenecerá »jamás cosa alguna con los razonamientos y la disputa.» Y acerca de los hereges de su tiempo, he aquí como habla, y el retrato que hace de ellos en una de sus cartas: «Este nuevo evangelio produce una nueva especie »de hombres obstinados, hipócritas, maldicientes, mentirosos, incómodos á los demas, divididos entre sí, »engañadores, sediciosos y furiosos, á los quales tengo tanto horror, que si conociese alguna ciudad adonde no hubiese alguno, la elegiría para hacer mi habitación.» Un hombre que tiene una idea tan justa de los pretendidos reformadores, y que los pinta con colores tan verdaderos, se halla bien distante de pensar como ellos. Murió Erasmo con estos sentimientos en julio de 1536. Fué sepultado con honor en la catedral de Basilea, y la ciudad de Roterdan su patria le levantó una estátua, que es aún uno de sus principales ornamentos.

Hay dos ediciones de las obras de Erasmo, la primera en nueve volúmenes en folio, impresa en Basilea en 1540 por Juan Forben, que fué uno de sus abbaes; la segunda es mas ámplia y mas correcta, publicada en Leiden al cuidado de Mr. le Clerc en 1703, en once volúmenes del mismo tamaño, en las que se encuentran tratados de gramática, de retórica y de filosofía; y una coleccion considerable de cartas, de las quales muchas son relativas á asuntos eclesiásticos, libros de piedad, una version del nuevo Testamento con notas y paráfrasis sobre los Evangelios, epístolas de san Pablo, y otras epístolas católicas, explicaciones de muchos salmos, algunos escritos sobre asuntos morales, y finalmente apologías de su doctrina contra las censuras que de ella se habian hecho. Poseía Erasmo una memoria prodigiosa, una sobresaliente facilidad para el trabajo, un modo de escribir lleno de elegancia y de gracia. Se habia formado un estilo que le era propio, y que en

nada cede así en dulzura como en pureza, á los mejores escritores de su tiempo; y es á quien se debe principalmente el gusto de la buena literatura y sana critica. Llamaba á los sábios con su exemplo para el estudio de los padres y de la antigüedad cristiana. Es uno de los primeros entre los modernos que han tratado las materias teológicas de una manera noble, interesante, y desnuda de términos científicos de la escuela. Si se explicó con mucha libertad algunas veces hablando de las órdenes religiosas, de los teólogos escolásticos, y de ciertas supersticiones, se arrepiató de haberse manejado de este modo en su juventud. Asimismo ha declarado con candor, que nunca lo hubiera executado, si hubiese previsto la tempestad que debian excitar en lo sucesivo Lutero y sus sequaces. Esta declaracion es una buena prueba de la pureza de su fe.

Entre los sábios de este siglo ocupa un lugar distinguido Claudio Seyssel, que no nos permite dexarle en el número de aquellos de que no hablarémos. Era natural, segun unos, de Aix, pequeña ciudad de Saboya, famosa por sus aguas minerales, y segun otros, de Seyssel en el Bugéis. Estudió el derecho en Turin con una gran reputacion, y después fué oficial de memoriales, y consejero de Luis XII. rey de Francia. Asistió á nombre de este principe al Concilio de Letran, baxo Leon X. y allí mantuvo la fama que se habia adquirido con el estudio de las leyes civiles y canónicas. En 1509 el capitulo de Marsella le eligió para su obispo, y gobernó esta Iglesia hasta el año de 1517, que pasó entónces al arzobispado de Turin por permuta que hizo con el cardenal Inocencio Cibo. No gozó largo tiempo Seyssel de esta nueva silla, habiendo muerto en junio de 1520. Era á un mismo tiempo juriconsulto hábil, hombre grande de estado, y teólogo profundo. Las obras que nos quedaron de él son relativas á todos estos tres géneros científicos. Como juriconsulto trabajó comentarios sobre el derecho, y un tratado de feudos; como politico y estadista un tratado de las obligaciones de los reyes, otro sobre el estado de la Francia, y una historia de Luis XII. En fin como teólogo ha publicado un tratado contra los Valdenses, obra sabia, y la mejor que tenemos en esta materia; tres libros de la

Siglo providencia y un comentario relativo á los capítulos primeros del Evangelio de san Lucas, que intituló de los tres estados del hombre viajante en esta vida. Hay tambien de él traducciones francesas de muchas obras de los antiguos, y entre otras la de la historia eclesiástica de Eusebio. Todas estas obras estan escritas con mucha exactitud y claridad. Sigue el autor, y desenvuelve con método sus principios. Sus razonamientos son justos y presentados con un modo natural, y aclara los asuntos que trata con exemplos familiares, que hacen sus ideas sensibiles, y fáciles de comprehender.

El hombre mas hábil de este siglo en la lengua hebrea y en la ciencia de la sagrada Escritura, fué sin contradiccion Francisco Vatablo, abad comendatario de Bellosana en la diócesis de Ruan. Nació en Gamacho, lugar de Picardia; y se hizo tan hábil en el griego y el hebreo, que habiendo el rey Francisco I. fundado en 1531 cátedras reales en el colegio de Francia, eligió á este sábio para enseñar en él la lengua santa: cuyo destino desempeñó con tanta distincion, que atraxo un tropel de oyentes á sus lecciones, y fué el restaurador de la lengua hebrea en Francia. No se limitaba á la interpretacion gramatical de las palabras hebreas, para hacer entender á sus discípulos la energia y propia significacion, sino que explicaba tambien el sentido literal del sagrado texto con mucha propiedad y limpieza. Murió este docto profesor en el mes de marzo de 1547. Jamas escribió, contentándose con dar sus lecciones de viva voz. Pero habiendo sido recogidas sus notas sobre el texto de la Escritura con bastante cuidado por Bertin, uno de sus discípulos, fué reemplazó en el colegio real, enriqueció con ellas Roberto Estéban la edicion de la Biblia que dió á luz en 1545, con la nueva version latina de Leon Judá. Estas notas son cortas; pero en su concision comprehenden muchas cosas, y hay pocos lugares difíciles que no aclaren de un modo satisfactorio. Esto no obstante, confiesa en su prefacio, al qual las unió Roberto Estéban, que si las hubiera dado Vatablo la última mano, hubieran adquirido un grado de perfeccion que no ha podido darles, por mas sábio que era el mismo. El nombre de Roberto Estéban, y el de Leon Judá hicieron sospechosas las no-

tas de Vatablo á algunos doctores de la facultad de Siglo teología de Paris, poco versados en la lengua hebrea, y XVI. ceñidos escrupulosamente á la Vulgata. Pero la universidad de Salamanca juzgó de ellas mas favorablemente, y procuró una nueva edicion, que aprobó; y posteriormente han sido frecuentemente reimpresas, y los sábios mas opuestos á los nuevos errores, hicieron siempre de ellas una particular estimacion.

Fué asimismo Juan Luis Vives, uno de los hombres mas sábios de este siglo. Nació en Valencia de España en 1492, y siguió sus estudios en Paris. Despues pasó á Lovaina, adonde enseñó las buenas letras con tan buen suceso, que fué elegido para preceptor de Guillermo de Croy, que murió arzobispo de Toledo, y cardenal en 1521. Despues de la muerte de su alumno fué llamado Vives á Inglaterra, y elegido por el rey Enrique VIII. para enseñar á la princesa María su hija el latin y las buenas letras. Se dice que estimaba Enrique tanto á Vives, y apreciaba tanto su erudicion, que iba frecuentemente con la Reyna á oír las lecciones que daba á su hija. Mas en lo sucesivo mudó estas buenas disposiciones relativas á su persona. No aprobó Vives el divorcio de Enrique con Catalina de Aragon. Habló de él muy libremente contra el gusto del rey, que mandó ponerle en una prision, adonde le tuvo seis meses. Al cabo de este tiempo obtuvo su libertad, y volvió á España en donde se casó. Vino despues á los Países Bajos, y fixó su residencia en Bruges, y aqui enseñó las buenas letras hasta el fin de sus dias. El tiempo fixo de su muerte es incierto, unos la colocan en 1536, otros en 1537, y algunos la alargan hasta el 1545; lo mas cierto es, que su carrera no fué tan larga, como fué laboriosa.

No es este sábio ménos estimado como teólogo, que como literato. Las obras que le pusieron en el número de los escritores eclesiásticos mas ilustres del siglo XVI. son sus cinco libros de la verdad de la religion christiana contra los incrédulos, judíos y mahometanos, y sus doctos comentarios sobre los libros de la Ciudad de Dios de san Agustin. En la primera de estas dos obras igualmente profundas emprende Vives probar, que la fe no es contraria á la razon, y que la religion christiana

fundada sobre la revelacion divina, puede demostrarse con pruebas tan manifiestas y tan sólidas, que es imposible al entendimiento humano, juzgando sin preocupacion, y poder negarse á su evidencia. Desempeñó Vives este bello plan, estableciendo en los cinco libros comprehendidos en su escrito, la necesidad, la existencia, y los efectos de la revelacion, la divinidad de Jesu-christo, la excelencia de su doctrina, y la pureza de su moral. Saca despues las consecuencias que resultan de estas verdades, y de ellas concluye, que la religion christiana es solo la verdadera, porque ésta tiene á Dios por autor, porque es digna de Dios en las ideas que da de él; y en fin, porque ofrece al hombre el remedio de sus males, y los medios necesarios para llegar á su fin. Por lo que respecta á su comentario sobre los veinte y dos libros de la Ciudad de Dios, todo lo que diremos de él es, que encierra mucha erudicion eclesiástica y profana; pero que al mismo tiempo se encuentran cosas poco exactas, y aun dignas de censura (a); cuyo dictamen dieron los doctores de Lovaina, editores de las obras de san Agustin en 1677.

Se hallaba la España en los tiempos de que hablamos, rica en teólogos. Melchor Cano, nacido en Tarancón, pequeña villa de la diócesis de Toledo, á principios de este siglo, es uno de los mas afamados. Estudió en Salamanca, y despues de haber fenecido sus estudios, entró en la orden de santo Domingo, y habiendo profesado en 1524, aprendió la teologia con el célebre Francisco Victoria de la misma orden, que se ha mirado como el restaurador de la universidad de Salamanca. Con tan hábil profesor hizo Cano tan gran-

(a) Aunque es preciso confesar que en esta obra se hallan algunas máximas que no aprobaron enteramente algunos doctores católicos, no por eso dexaron de celebrarla, ni de producir un sumo aplauso á Vives, que sin duda fué uno de los mayores y mas útiles literatos de este siglo, el reformador de todas las ciencias; maestro de los teólogos y verdaderos filósofos, y el que restauró y promovió el buen gusto de las letras humanas. Sus obras para gloria de la España y bien de la literatura se imprimieron en Valencia á expensas de su excelentísimo arzobispo el año de 1791.

des progresos, que se juzgó digno de suceder á su maes-  
tro en 1546. Bartolomé Carranza, que fué despues arzobispo de Toledo, enseñaba al mismo tiempo en la universidad de Salamanca, y se levantó entre este y Melchor Cano una emulacion, que resultó en favor de la ciencia que profesaban, y de los que tomaban sus lecciones. Mas por grande que fuese el mérito de su rival, el de Cano era superior. Poseía mas vivacidad, mas eloquencia, y un entendimiento mas realzado, con una facilidad mas grande para hablar latin. Se presentó con esplendor en el Concilio de Trento baxo Paulo III. y fué nombrado obispo de Canarias en 1552, mas no obtuvo largo tiempo este obispado; porque despues de haberlo renunciado fué electo provincial de su orden por la provincia de Castilla, y murió en Toledo en 1560. Felipe II. rey de España le miró con particular estimacion. Tenemos de este sábio teólogo una obra muy estimada, tanto por las cosas que contiene, como por el método con que se halla escrita: cuyo titulo es, *de los lugares teológicos*. Tomando Cano esta palabra *lugares*, en el sentido de Aristóteles y de Cicéron, llama lugares teológicos á las fuentes de donde deben sacar los teólogos sus argumentos y sus pruebas, sea para establecer lo que proponen, sea para refutar las opiniones que combaten. Pone Cano hasta doce, los que examina cada uno separadamente en otros tantos libros, que son: I. La autoridad de la santa Escritura. II. Las tradiciones apostólicas. III. La fé y la enseñanza de la Iglesia. IV. Los Concilios generales, cuyas decisiones son dirigidas por el Espíritu Santo. V. La autoridad de la Iglesia romana, y los decretos de los soberanos pontífices. VI. El testimonio de los santos padres. VII. La autoridad de los teólogos y de los doctores. VIII. La razon natural. IX. La autoridad de los filósofos y de los juriconsultos en las cosas de su competencia. X. La autoridad de la historia escrita por hombres de una irreprehensible sinceridad &c. Cuya obra escrita con toda la elegancia que exige el asunto, pasa con razon por una obra maestra, y es el primer libro que se debe poner en las manos de los que se destinan al estudio de la teologia.

La orden de santo Domingo que ha producido mu-



32 HISTORIA ECLESIASTICA  
Siglo chos hombres ilustres en este siglo, cuenta pocos que  
XVI. lo sean con mejor titulo que Luis de Granada. Nació

en 1505 en la ciudad de quien tomó nombre. Entró muy jóven en el órden de Predicadores, en la qual no tardó en distinguirse por su talento y por su eminente piedad. Gastó toda su vida en los ejercicios del sagrado ministerio. La predicacion, la direccion de las almas, la oracion y el estudio llenaban todo el tiempo que le permitian las obligaciones de la vida religiosa. El cardenal Enrique de Portugal, arzobispo de Eborá, le traxo cerca de su persona para que fuese su consejero en la gobernacion de su diócesis. Y la Reyna Catalina, regenta del reyno, le eligió para su confesor, y le consultaba en todos los asuntos de administracion pública que tenian relacion con lo espiritual. Ya tenemos referido en otra parte la manera con que se conduxo, quando esta princesa le ofreció el arzobispado de Braga. Renunció constantemente todas las demas dignidades eclesiásticas, á las quales se le queria elevar, y tambien la púrpura romana de que intentaba revestirse Sixto V. Prefirió siempre la sencillez de la vida religiosa, y las fatigas del ministerio apostólico á los honores y á los empleos distinguidos que le rogaban aceptase. Murió á fines de Diciembre de 1588, á la edad de ochenta y quatro años, y durante el curso de esta larga vida no dexó de servir á su próximo con sus instrucciones, sus consejos y sus escritos.

Las principales obras de este piadoso escritor son un excelente tratado de la oracion, la guia de pecadores, el memorial de la vida christiana, un catecismo muy extendido, sermones, y muchos tratados pequeños sobre diferentes asuntos de moral y de piedad. Todo lo que salió de su pluma contiene un fondo de principios, una luz y una uncion que no se encuentra en igual grado en los autores que han escrito sobre las mismas materias. Explicando las verdades de la religion, desenvolviendo las reglas de la moral, y las obligaciones del christianismo, ilumina el entendimiento, mueve el corazon, y conduce las almas desde los principios de la conversion hasta la perfeccion mas alta de la vida evangélica. San Francisco de Sales hacia un particular aprecio de todas sus obras, y recomendaba su lectura á todos los que dirigia

APUNTA GENERAL. 33 Siglo  
en el camino de Dios, pretendiendo que estas fuesen como el segundo breviario de los eclesiásticos, y aun de los obispos. En estas tomaba san Carlos Borromeo las instrucciones que daba á su pueblo. No usaba de otra teologia, y decia que continuamente las valvia á leer con una nueva satisfaccion, porque siempre hallaba en ellas alguna cosa útil y penetrante, que no habia aún percibido.

Podremos añadir un gran número de otros escritores eclesiásticos á estos de que acabamos de hablar. Entre los teólogos á Francisco Victoria, Dominico, y Pedro de Soto, Ambrosio Caterino, Juan Heceles &c. Entre los canonistas al cardenal Cayetano, Bartolomé Carranza, el cardenal Contarini, Pedro Sutor &c. Entre los comentadores de la sagrada Escritura, á Jansenio, obispo de Gand, Sixto de Sena, Manuel Saá, Juan Maldonado &c. Entre los controversistas á Juan Hechio, Jacobo Latomas, Juan Cochlea, y otros muchos que pudieran darnos materia para otros tantos articulos interesantes. Pero estos á quienes nos hemos limitado bastan para desempeñar nuestro objeto en esta parte de nuestro trabajo, que se reduce á caracterizar cada siglo por los escritores que ha producido, ó por mejor decir, por los conclonimientos que estos han reunido, por lo que han tomado de aquellos que habian ya seguido la misma carrera, y por las nuevas luces que les han añadido (x).

(x) No debemos disimular á Ducreux, que hablaba de los escritores eclesiásticos del siglo XVI, haya omitido quatro célebres españoles bien conocidos en todo el orbe literario, y que dieron tanto honor al siglo en que vivieron, y son: Benito Arias Montano, natural de Frexenal de la Sierra en Extremadura, aquel sábio incomparable, director de la régla Biblia poliglota, obra magnífica, y en la que agotó Felipe II. inmensos caudales, y Montano todos los de su doctrina y erudicion, y pasando á Roma, á nombre del rey y suyo, presento al papa Gregorio XIII. con una elegantísima oracion latina, su sistema bíblico mas enriquecido y enmendado que el complutense del cardenal Ximenez. A la inteligencia de las lenguas latina, griega, hebrea, caldea, siríaca y árabiga, juntaba la de casi todas las lenguas vivas de Europa; á la erudicion de la historia profana, la de toda